

# educación de la mujer



El problema que voy a intentar exponer está muy lejos de ser extensivo a todas las mujeres; para plantearse la integración y la participación plena de la mujer en la sociedad a determinados niveles es necesario haber alcanzado previamente un cierto «status» económico que permita un planteamiento mental del problema. Sin embargo, como lo considero aplicable a una masa numérica importante, creo que el tema merece la pena.

Ya en el año 1949 Simone de Beauvoir escribía sobre la necesidad que tenía la mujer de incorporarse a la sociedad y de la única forma de lograrlo: siendo una productora más. Veintitrés años más tarde el tema está muy lejos de haber sido superado; las circunstancias han cambiado, pero las estructuras siguen en muchos aspectos inflexibles, y la condición de la mujer es prácticamente la misma. Betty Friedan llega a la conclusión de que la mujer americana de los años sesenta pasaba las mismas horas que su abuela dedicada a los rutinarios trabajos de la casa; existen nuevos aparatos que facilitan las labores, pero las exigencias han aumentado y la competencia y el deseo de hacer las cosas mejor son mucho mayores. La misma autora reformula la ley de Parkinson así: «El trabajo del ama de casa tiende a llenar todo el tiempo disponible para su realización». Este es sólo un aspecto muy parcial de la situación actual de la mujer, pero es el ambiente en que se ha movido y se sigue moviendo. Es el que la sociedad ha decidido que le corresponde, el que la sociedad quiere que sea. Salirse de este campo delimitado por las paredes del hogar en lo material y de su «papel femenino» en lo mental implica lucha y, por lo tanto, una actitud agresiva. Exige lucha frente a sí misma, frente al hombre y, en consecuencia, frente a la sociedad. Lucha para salir del mito que tan magistralmente describe Simone de Beauvoir: «Ella es un ídolo, una servidora, la fuente de la vida, un poder de las tinieblas; ella es el silencio elemental de la verdad, es artificio, charla y mentira; ella es la que cura y la

que hechiza; es la presa del hombre, es su perdición, es todo lo que él no es y quiere tener, su negación y su razón de ser». Es, en definitiva, todo lo que él no quiere ser.

Dentro de la alta burguesía, la alienación de la mujer casada es proporcional al «status» de su marido; a medida que él asciende en el terreno económico-profesional va tomando mayor importancia el papel de su esposa, no ya como ama de casa, sino como acompañante, como objeto decorativo. Las mujeres conscientes del papel que desempeñan y dispuestas a abandonar se enfrentan con el problema de su sustitución; cambiar ese papel por cuál otro, si no están preparadas ni educadas para otra cosa. Pues, ser consciente del compromiso que una tiene con la sociedad y realizarlo por sí mismo, no meramente a través de los demás, es algo difícil de vislumbrar y más difícil de poner en práctica. La mujer está acostumbrada a ser receptora de órdenes y a asimilar enseñanzas para poder desenvolverse en una minúscula esfera que en determinados momentos puede girar a su alrededor; está acostumbrada y educada para ser complemento del hombre, y para pasar a ser sujeto activo es necesario el tomar conciencia de unas posibilidades frustradas, el creerse capaz de realizar trabajos que los hombres desempeñan, el envidiar ardentemente la situación de privilegio que con respecto a la mujer los hombres tienen.


Pero este cambio de mentalidad tampoco es suficiente; es al intentar actuar en consecuencia con este nuevo esquema mental cuando aparecen las mayores dificultades. La mujer que se considera inteligente y capacitada, que piensa que puede desempeñar ciertas funciones o cargos con dignidad se encuentra con que está por debajo de la media masculina en cuanto a inteligencia y capacidad; que ese ambiente en el que ella destacaba y que la empujaba hacia una nueva orientación de su vida es un cuento de hadas comparado con el ambiente profesional en que el hombre se desenvuelve; que la competencia exige una especialización en-

te la que las nociones generales y la «cultura» carecen de valor; que, en definitiva, hay que ser mucho más que todo eso. Al encontrarse con una sociedad creada y regida por el hombre, tiene que readaptar y en ocasiones olvidar su educación femenina para adoptar una postura de igualdad. Pero sus bases son débiles, no está preparada ni educada para ello. Su capacidad de concentración le parece insuficiente, su dialéctica es rudimentaria y la timidez aparece constantemente; desconoce lo que es la síntesis, su mente no sigue con claridad largas exposiciones, piensa que si las cosas no se desarrollan a su gusto otra vez será... en fin, teme ser considerada insistente y reiterativa, intenta controlar su espontánea agresividad por temor a juicios que la tachan de masculina, y termina claudicando ante lo que le parecen dificultades insalvables.


El trabajo de la mujer no debe tener como único fin la satisfacción de necesidades económicas. Debe intentar realizarse en el trabajo mediante una aportación individual y creadora, dejando a un lado los conceptos y estilos femeninos para desarrollarse y realizarse como mujer. No puede ponerse en duda la creatividad latente en la mujer, sin embargo, aquellas que tienen ocasión de mostrarlo son muy pocas. Su capacidad creativa se diluye y termina desapareciendo, lo que eran aspiraciones quedan reducidas a sugerencias, y más tarde al silencio. El mantenerse firme en estas aspiraciones exige resistir sostenida por un alto concepto de sí misma, concepto que sólo se mantiene mientras no se sienta desbordada por la realidad, pues las constantes frustraciones acaban con los más altos ideales. Desde los trabajos como ama de casa, donde desempeña la función de administradora sin participación en los bienes que pasan por sus manos hasta su pseudoparticipación en la comunidad mediante un trabajo «voluntario», la mujer es la gran trabajadora no remunerada.

Si la mujer está capacitada y puede permitirse el exigir una remuneración, ésta ha de ser equiparable a la del hombre, pues sólo con la independencia económica


## SOLEDAD BECERRIL BUSTAMANTE



podrá verse libre del dominio de aquél. Este problema aparece con mayor fuerza en el caso del matrimonio: mientras la aportación económica de la mujer sea ridícula en relación con la de su marido, su trabajo estará sujeto a agentes externos a ella, a la solución de los pequeños problemas que surgen cada día, domésticos la mayoría de ellos; y a la hora de tener que abandonar temporal o definitivamente un trabajo será, como es lógico, la parte económicamente más débil aquella que ceda y piense que su empleo era menos importante.



Las causas de todo esto saltan a la vista: la educación de estas mujeres ha tenido unas metas muy diferentes a las del hombre. Mientras que a éste se le prepara para el papel que necesariamente habrá de desempeñar en la sociedad, a ella se la educa para el papel que desempeñará al lado del hombre: para ser su perfecta compañera. Las nociones de profesión y profesional no entran en su ámbito educativo, y el ambiente familiar es el primero en fomentar esta separación de objetivos, basada en unas diferencias biológicas indudables, pero que no tienen por qué invalidar a la mujer para realizar la mayor parte de los trabajos que el hombre realiza. Pese a ello, el campo profesional de la mujer está muy polarizado; su educación está centrada en aspectos que se consideran más adecuados para su ser y para lo que se piensa que está más capacitada.



A lo largo del período de formación de la mujer, ésta recibe unas enseñanzas que provienen de centros públicos o privados y otras de carácter familiar o social. En cuanto a las primeras, deben despertar intereses comunes al hombre y a la mujer. A la realización en común de esos intereses la coeducación no sólo facilita la labor, sino que resulta imprescindible. Los conocimientos que se imparten a nivel de Educación General Básica y de Bachillerato deben ser los mismos —en aspectos donde existen diferencias, por ejemplo, el biológico, estas diferencias no deben implicar que los conocimientos de cada uno se limiten a las características de su sexo—; la coeducación puede

ser extensiva a todas las áreas de conocimientos, beneficiando el entendimiento entre hombres y mujeres, y aproximándoles en cuanto a fines y medios. Pero pese a ser un hecho en muchos países, no ha dado entre otros resultados la participación plena de la mujer en la sociedad; esto hace pensar que no son los conocimientos que se imparten, sino el planteamiento a escala individual, las razones y el modo de asimilar dichos conocimientos lo que marca las diferencias intelectuales entre hombre y mujer. Si el planteamiento y los fines de la educación fueran los mismos para uno y otro, habría tantas mujeres estudiando carreras técnicas como las hay cursando Filosofía y Letras, y no se daría esa abrumadora mayoría de mujeres con supuesta vocación de profesoras de Historia. Se eligen entre tres o cuatro profesiones es porque no saben que existen otras, o dicho de otro modo, porque no tienen conciencia de que son capaces de ejercer otras profesiones con las mismas posibilidades de éxito o mayores que un gran número de hombres mediocres que las ejercen y se desenvuelven dignamente.

Son unos sustratos familiares los que condicionan la educación recibida y la orientan hacia metas diferentes a las del hombre. Las tradiciones y los usos acerca del papel de la mujer no desaparecen con unos años de coeducación, es necesario, en primer lugar, la revisión de las funciones de la mujer en la sociedad actual; en segundo lugar, el deseo por parte de quienes tienen poder en sus manos de que la mujer se incorpore activamente a la sociedad, y como elemento imprescindible para que se planteen las dos necesidades anteriores tiene que existir un malestar general, malestar que ni siquiera existe entre las mujeres afortunadas que han tenido acceso a la cultura. La lucha por la participación se da en casos individuales o en pequeños núcleos impotentes para hacer despertar a la mayoría; pues aunque la situación es común a casi todas las mujeres, no existe unidad entre ellas, porque parte de su vida está fuertemente ligada a un ambiente

familiar —lo que Germaine Greer llama «el enemigo en casa»— que les lleva a formularse otras ideas de realización; al comunicarse con el mundo a través de los hombres, su relación también será a través de ellos, y la influencia de este patriarcado del que forma parte es mucho mayor que la de la minoría que le exige la búsqueda de su papel por un camino más difícil.

Las consecuencias que se derivarían de cualquier cambio en la situación de la mujer incluirían toda una teoría de la sociedad, por las enormes conexiones que ello tiene en el orden político, social y económico. Así, muchos opinan que todo ello es una exigencia del sistema capitalista y que, por tanto, carece de sentido intentar motivar un cambio dentro del sistema: las reivindicaciones profesionales de la mujer se enfrentarían a la petición de estos mismos puestos por parte de las clases más bajas, con lo que se habría creado una nueva élite en lucha con las clases pobres. La lucha por la igualdad debe, pues, ser planteada en todos los campos, siendo las reivindicaciones de la mujer tan sólo un paso más en la lucha del hombre por su libertad.

Los condicionamientos económicos, sociales, religiosos y biológicos apenas están aquí indicados, algunos ni siquiera se mencionan. Son campos de especialistas en los que no me atrevo a adentrarme. Mi propósito es señalar una situación general —en la que se dan casos aislados que han superado condicionamientos y tabúes, y han logrado sus objetivos o están en vías de alcanzarlos, pero son casos esporádicos que rozan el heroísmo por su constancia y voluntad ante una sociedad en la que, como afirma Levi-Strauss en su estudio sobre las sociedades primitivas, «la autoridad pública o simplemente social siempre pertenece a los hombres», y apuntar ligeramente alguna de sus causas y resultados más evidentes. Las raíces profundas ahí siguen, pero el hecho de adquirir conciencia del problema y pretender colaborar a que otros lo adquieran creo que puede justificar los deficientes medios. ■ S. B. B.